

COFRADÍA LAS SIETE PALABRAS

Juan Antonio Martínez Camino, secretario general y portavoz de la Conferencia Episcopal Española

Homilía

SEMANA SANTA 2007

Sermón de las Siete Palabras: ¿Por qué, Dios mío?

6 de abril de 2007

Comienzo: siete palabras al Infinito

«Por tus siete palabras despeñado / corre, río de amor, hasta mi hondura / la voz que, descendiendo de la altura, / viene a regar mi huerto deshojado.

Sólo siete palabras. Un alado / y celestial revuelo sin presura: / siete castas palomas. Abandonado no me dejes, Señor, y, con tu acento, / hazme callar el impaciente grito / pendiente de un silencio y un sudario.

Las siete para mí. Las siete, viento / que me lleve contigo al Infinito. / Las siete, en mi perfecto diccionario».

(Rafael Fernández Pombo)

Sólo siete palabras, queridos amigos, queridos hermanos. Sólo siete palabras, recuerda el poeta. ¡Escuchémoslas bien! No las digo yo. No las había dicho nadie hasta el Viernes Santo. No las traía el

1. El escarnio, vencido por el perdón. "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Lc 23,34)

Jesús dijo esta palabra mientras lo estaban crucificando y lo exponían al escarnio público en medio de dos criminales. Y el evangelista Lucas, buen observador, precisa la parte que correspondía a cada cual en aquel espectáculo: *«El pueblo —escribe— estaba observando; en cambio, lo ridiculizaban precisamente las autoridades, diciendo: "A otros salvó; que se salve a sí mismo, si él es el Mesías de Dios, el Elegido"»*.

No deberíamos, queridos hermanos, perder la paciencia, ni el ánimo, ni la serenidad ante determinadas circunstancias de la vida pública de hoy. ¿Nada nuevo bajo el sol? En cierta manera, así es: nada nuevo. Ayer se mofaban de Cristo. Hoy se mofan también de su Cuerpo vivo, de la Iglesia y, por tanto, del mismo Cristo. Recordad que Jesús resucitado no le reprochaba al perseguidor Pablo que sus vesanas fueran contra los cristianos, a quienes daba caza para llevarlos presos a Jerusalén; le reprochaba que actuara contra Él mismo: *«Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?»* (Hch 9,4).

Tampoco deberíamos llamarnos a engaño. Hay quienes justifican sus mofas de la Iglesia arguyendo que ella ya no estaría a la altura de Cristo, incluso que lo habría traicionado. Dicen saber que Jesús no haría ni diría hoy lo que hace y dice la Iglesia. Él sería más comprensivo y no se metería en la "vida privada" de la gente. O bien, sería más contundente contra esto o contra aquello. Sería más moderno —dicen unos— o más consecuente —dicen otros— y llegan incluso a aventurar a quién daría Jesús su voto.

No nos llamamos a engaño. Los que se mofan, los que ridiculizan, los que escarnecen siempre saben mejor que Cristo cuál es el papel del Mesías. Por eso le crucifican. Porque creen conocer muy bien que él no vale como auténtico salvador. Ellos tienen otro modo de hacerlo mejor.

Hace muy poco que el Papa habló de las graves dificultades que la Iglesia atraviesa en nuestros días. En algunos lugares es perseguida por la fuerza de las leyes e incluso de las armas. El siglo XX ha sido el siglo de los mártires: es el siglo llamado del progreso pero en este tiempo los cristianos

A ese Padre infinitamente bueno, Jesús le encomienda que perdone. Sabe que lo hará. Y, como si no le bastara la infinita bondad del Padre, añade a su petición una razón un tanto misteriosa: «*no saben lo que hacen*». ¡Cómo lo iban a saber! Estaba aún por revelar del todo qué cosas del Padre eran esas de las que Jesús había venido a ocuparse y que le habían conducido hasta allí: hasta esa cruz (*señalándola*), entre dos malhechores, arrojando la burla y el escarnio de los dirigentes de su pueblo.

La Iglesia, a quien se ha revelado el misterio del perdón, nos invita a sus hijos a no devolver nunca mal por mal, a perdonar siempre. Ahí están, para testimoniarlo, los «*héroes del perdón*», que así podemos llamar a los mártires de todos los tiempos: desde san Esteban hasta los diez santos Hermanos de Turón (Asturias) y san Pedro Poveda, los últimos mártires españoles canonizados.

Sí, ya sé que se agolpan aquí muchas preguntas: ¿perdonar siempre, siempre? ¿Y la justicia? ¿Dónde queda la justicia? ¿Puede haber paz sin justicia, con solo el perdón? Pero apenas hemos escuchado todavía más que la primera palabra de Jesús.

2. La irracionalidad y la Gloria. "De verdad te lo digo: hoy estarás conmigo en el paraíso" (Lc 23,43)

Un criminal de los crucificados junto a Jesús desahoga su impotencia repitiendo el grito burlesco de los dirigentes del Pueblo: «*¿No eres tú el Mesías? ¡Pues sálvate a ti mismo y a nosotros!*».

Es inútil. Pero ¿acaso esperaba aquel criminal salvarse a sí mismo de su cruz granjeándose la simpatía de quienes habían crucificado a Jesús? A lo mejor era ésa su secreta esperanza, cuando se sumó al coro de los escarnios. A lo mejor no era más que el simple desahogo final de una existencia rota. En todo caso, era inútil. Repetir lo políticamente correcto —lo que pensamos que otros desean oír, aunque no sea cosa nuestra— no añade un ápice de razón a la vida ni, menos, a la muerte de las personas. Los eslóganes no salvan.

Pero allí mismo, al otro lado de la cruz de Cristo, del corazón de un ser humano débil y destrozado por el mal perpetrado y padecido, pero aún con fuerzas suficientes para afrontar juiciosamente su historia, surge una oración que lleva la carga de toda la razón del mundo:

¡Acuérdate de mí! ¡Jesús, acuérdate de mí en tu Reino!

¿Quién puede acordarse de mí de modo verdaderamente eterno? ¿Hay alguien así? Si no lo hubiera, el vacío caprichoso acabaría por tener la última palabra sobre nuestras vidas. Pero el vacío, más aún —o, mejor, menos aún—, la nada, son corrosivos y destructivos. ¿No hay de verdad nada más que el puro azar del existir y la frágil voluntad humana, incluida esa voluntad supuestamente omnipotente de toda una Humanidad empeñada, como Sísifo, en construir su futuro? Entonces habríamos de reconocer que no tendría sentido tratar de ser razonables: tanto valdría atenerse a la razón como a la veleidad del azar y del capricho. ¿Y qué razón habría entonces, verdaderamente poderosa, para la solidaridad con los débiles y para acordarse de los muertos? ¿Qué razón para la razón?

Pero, gracias a Dios, la realidad no es ésa. Hay Alguien que se acuerda eternamente de nosotros, de cada uno de nosotros. Y lo razonable es que, como Dimas, también nosotros nos acordemos de Él. Porque entonces es cuando realmente los deseos más hondos del corazón humano se convierten en algo más que un vano deseo o un engaño calculado. Es cuando el cielo comienza a ser mucho más que una mera ilusión. Es cuando la razón adquiere la lucidez que le era propia antes de haber caído en el absurdo de negarse a hacer memoria del Eterno. Es cuando encontramos nuestro verdadero destino. Es cuando, abandonando la utopía, cultivamos la tierra con la verdadera pasión de la esperanza. Es cuando hay motivos para la fraternidad.

¡Hoy, estarás conmigo en el paraíso!

Sí, hoy ya. Dimas no había pedido tanto. Pero iba a morir enseguida cerca de Cristo muerto. Nosotros, en este mediodía del Viernes Santo, nos atreveremos a pedirle a Jesús que su palabra y que su muerte maten en nosotros todo atisbo de utopía irracional y de autosuficiencia —por más políticamente correctas que resulten— y que nos otorgue también la compañía del Amor infinito. Eso es la Gloria. La noche de nuestros errores, de nuestra muerte, se resaca desde ahora iluminada por la luz que alumbrará

Las madres tienen hoy muchas cruces que llevar y muy pesadas. Tienen que trabajar y que hacerse valer, frecuentemente con los mismos parámetros que los varones. Tienen que retrasar la maternidad o renunciar a ella. Tienen, por eso, que forzar sus cuerpos de mil maneras. La maternidad no encuentra su sitio: forzada, fragmentada, retrasada, negada. Y, luego, tal vez lo más terrible y lo que menos desea el corazón de una madre: verse, en tantas ocasiones, casi forzada a arrancarse el fruto de sus entrañas. Sobre un millón de vidas humanas segadas por el aborto, en España, desde que se profetizó hace veinticinco años que las nuevas leyes acabarían por reducir su número. También como consecuencia de esa maternidad acosada y tantas veces humillada, ¿cuántos embriones, es decir, seres humanos incipientes, son utilizados como cobayas para la experimentación, o condenados al hielo y al destino incierto que para ellos determinen sus prepotentes productores? Ni siquiera lo podemos saber. Decenas y decenas de miles. Pero, ¡aunque fuera uno solo!...

No. No son las madres las protagonistas de la cultura de la muerte. Son los ideólogos e ideólogas de tal aberración: son quienes promueven esa mentalidad antimaternal que se empeña en hacernos creer que no está mal —o es, al menos, justificable— disponer de la vida de nuestros hermanos, los seres humanos más indefensos; son quienes trabajan por convencer a la sociedad de que todo eso es progreso y que no perjudica a nadie: mentira que encubre la muerte culpablemente causada y que nos atrapa en sus garras letales. Porque, naturalmente, una sociedad que mata a sus hijos como si no pasara nada, es una sociedad gravemente enferma de egoísmo. Es una sociedad que, así, no tiene futuro; que no es solidaria con los suyos y que, por eso, no puede serlo tampoco con los pobres del mundo. Sí, el hambre que mata a tantos niños en los países más pobres tiene difícil solución, si la cultura de la muerte sigue haciéndonos egoístas e insolidarios.

¿Y qué decir de la eliminación de la palabra "madre" del Código Civil (también de la palabra "padre")? Nuestras leyes se han convertido en leyes injustas que ni siquiera contemplan la realidad humana del matrimonio en su especificidad, pues el matrimonio no es hoy en España la unión de un hombre y de una mujer. ¿No es éste también un síntoma muy preocupante del triunfo pírrico de la cultura de la muerte? ¡Todo un entramado de anticultura! Anticultura que, además, se intenta imponer a nuestros hijos en el sistema educativo, como forma mental y de conciencia, a través de una asignatura obligatoria

4. Dios contra Dios, pero con nosotros. "Elohí, Elohí, l´má sabaqtani", que significa: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (Mc 15,33 / Mt 27,45)

La cuarta palabra, en medio de las siete, hace de corazón de todas ellas y las resume, al modo como en la fuente se halla recogido todo el río. Es una palabra tremenda. Sólo la conocemos por el evangelio de Marcos y el de Mateo. De las siete, estos evangelistas no traen más que esta palabra misteriosa y, sin embargo, algunos copistas primitivos, al reproducir los textos evangélicos, la suprimían o la retocaban. Era muy dura de oír en los labios de Jesús. Pero era tan auténtica y les quedó tan grabada a sus oyentes, que la tradición evangélica griega la sigue recordando en arameo-hebreo, el idioma originalmente empleado por Jesús:

«*Elohí, Elohí, l´má sabaqtani*», que significa: «*Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*»

La oscuridad se ha abatido sobre Jerusalén al mediodía. Jesús sufre el tormento de la cruz y de la muerte. Pero sufre, sobre todo, el escarnio que le inflige el Pueblo de Dios, su pueblo, con sus dirigentes a la cabeza; sufre el golpe que le asesta Gestas, con todos los cínicos del mundo, que viven y mueren sin permitir que la verdad logre ni siquiera rozarles la piel; sufre Jesús la muerte humillante de todas las víctimas de la cultura de la muerte: los ancianos, los niños no nacidos o los eliminados por las guerras y por el hambre; sin olvidar la muerte de las víctimas del terrorismo, humilladas, además, por quienes pretenden legitimar o disculpar tal crimen, sistematizado en gravísima estructura de pecado, como si fuera consecuencia casi inevitable de supuestos o reales conflictos nacionales, raciales, culturales o religiosos.

¿Cómo es posible que ante tanto escarnio, tanto cinismo y tanta muerte sean todavía posibles el perdón, la Gloria y la Vida? ¿Cómo? Y además, Jesús ha otorgado, sí, perdón, Gloria y Madre, pero ¿qué ha conseguido realmente con ello? ¿Se ha restablecido el orden? ¿Se le ha dado a cada uno lo suyo? ¿Se han asegurado, con tales dones, la justicia y la paz en el mundo? Parece que no. La oscuridad se cierra

entregarse» (n. 12) a la muerte en su Hijo. Jesús sabe que ésas son las cosas de Dios. Por eso, aun sufriendo realmente el abandono del Padre —que, en el sentido que acabamos de decir, se ha puesto en contra de él—, Jesús conoce también que es así como se cumple plenamente toda la justicia: la del amor de un corazón divino apasionado por sus creaturas.

¿Por qué? Porque se ha de cumplir la justicia de Dios.

¿Para qué? Para que así se nos revele lo que *«es amor en su forma más radical»* (ibíd.); y, en definitiva, quién es Dios de verdad y a qué podemos y debemos aspirar.

¿Sabían esto los judíos? No lo podían saber del todo. Ellos conocían, es cierto, que Yahvé amaba con pasión a su Pueblo. Sabían que Dios tenía un corazón que se le revolvía en su interior ante la infidelidad de los suyos (cf. Os 11,8-9); sabían que los profetas (Is 52,13-53) y los salmos (Sal 21; 30; 68) hablaban del sufrimiento redentor padecido ante un Dios silencioso, por un misterioso siervo sin nombre, quien, a pesar de todo, no renegaba nunca del Altísimo. Pero no sabían que quien daba cumplimiento real a tales misteriosas promesas era precisamente aquél a quien ellos habían colgado de aquella cruz.

Sin saberlo los hombres, la justicia quedaba reconciliada con el amor.

5. El amor y la copa de la amargura. "¡Tengo sed!" (Jn 19,28)

La quinta palabra y las otras dos que Jesús dirá todavía desde la cruz, después de aquel desgarrador grito de muerte, cargado de Vida, son también —como la cuarta— palabras tomadas de salmos de sufrimiento o directamente conectadas con ellos. Son palabras que, según han dicho algunos, se refieren al mismo Jesús. Pero no tanto en el sentido de que si con las tres primeras Jesús les había dado a los demás perdón, Gloria y Madre, ahora vaya a pedir algo para sí mismo. No. Jesús se dispone a morir como siempre había vivido: en oración, inmerso en la intimidad con el Padre. Si Jesús muere perdonando y ofreciendo a todos gloria, vida y Madre, es porque muere para el Padre, porque muere orando, en

La caridad tiene a veces mala prensa. El sacrificio, también. Pero ni la caridad se reduce a dar de lo que sobra para acallar la mala conciencia, ni el sacrificio se ha de confundir con la negación patológica de la vitalidad y del deseo de lo bello y de lo bueno. No. Ama con caridad verdadera quien comparte la entrega de Cristo, quien ha sido alcanzado por su amor, por su muerte. Ése tal no teme ya perder la vida —no teme el sacrificio— y queda liberado de la esclavitud a la que la muerte somete a los mortales. La caridad nos une a Cristo y, en cierto modo, nos hace capaces de hacer justicia al modo divino.

No es misión de la Iglesia en cuanto tal organizar este mundo en la justicia, entrando en la legítima batalla de la política (cf. Benedicto XVI, Carta Encíclica *Deus caritas est*, 28). Ésa es la misión del Estado. Los católicos prestamos nuestra colaboración a esa tarea común de muchas maneras, que pueden ir desde la dedicación profesional a la política hasta el ejercicio del voto responsable; y otras muchas. Pero tanto la Iglesia misma como cada uno de sus miembros prestan a la sociedad el servicio de la caridad cuando realizan tareas asistenciales, o tareas profesionales de cualquier otro tipo, en las que se refleja la generosidad infinita del amor divino manifestado en la sed de Cristo.

Cierta ideología totalitaria del pasado siglo creyó que la justicia hacía superflua la caridad, que el Estado hacía innecesaria la Iglesia. Pero aun suponiendo —con manifiesta hipérbole— que la justicia pudiera ser perfectamente realizada en este mundo, y a todos y cada uno se les diera realmente lo que les pertenece, todavía faltaría lo más importante. Porque el ser humano necesita precisamente —y más que nada— algo que no puede tener ni reclamar como propio: necesita el corazón de otro ser humano y, también, el corazón de Dios.

Si pudiera darse un mundo justo y sólo justo —completamente ayuno de caridad— ése sería un mundo frío, helador, literalmente mortal para el ser humano. La justicia necesita la compañía del amor. Es más, la caridad, por la que el hombre se da a sí mismo, es en realidad el motor de la justicia. Sin caridad, no podrá realizarse la justicia, pero, aun sin justicia, puede y debe darse la caridad.

Gracias, oh Cristo, por tu sed; porque al beber hasta el final el cáliz del sacrificio redentor, nos has dado lo que no podíamos ni imaginar: el corazón de Dios.

de siglos del que muchos de ellos —y tantos otros— son, somos a un tiempo transmisores y víctimas. Pero la autonomía sin vínculos no es libertad; es soledad solipsista, narcisista, aisladora y mortal.

No se puede empezar la vida cuatro veces y siempre desde cero. No se puede navegar por ella como piloto sin carta de marear. La nave acabaría a la deriva de los vientos, estrellada contra cualquier arrecife. No hay buen viaje por la vida sin los mapas de la voluntad de Dios. Es cierto que muchas veces marcan rutas estrechas por los anchos mares de la imaginación y de la sinrazón. Pero esas rutas son las que nos llevan al puerto de la felicidad. Sin mapas no hay ruta y no hay puerto. Sin obediencia no hay libertad. Sin fidelidad no hay felicidad. Sin el otro, a quien hacer entrega de sí, no hay verdadera autonomía ni identidad madura.

Gracias, oh Cristo, por tu fidelidad, por tu obediencia. Ella nos cura de nuestras infidelidades, de nuestras desobediencias, de nuestros espejismos de autonomía. Gracias, oh Cristo, por haberlo cumplido todo. Has cumplido la humanidad más bella y la libertad más completa.

7. Confianza, serenidad. "Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu" (Lc 23,46)

Me ha impresionado el rostro de ese Cristo imponente, el Cristo de las Mercedes, titular de la benemérita Cofradía de las Siete Palabras. Es el rostro de la suprema serenidad en la muerte, el hermoso rostro de la paz. Las gubias y los pinceles de los artistas cristianos han acertado con frecuencia a ofrecernos un destello del alma de Cristo. En la última palabra Jesús nos revela el secreto de la paz.

Nosotros andamos demasiadas veces ansiosos o hundidos (deprimidos), a lo mejor, después del frenesí adormecedor del trabajo y de la actividad descontrolados. Otras veces, apenas podemos soportar el hastío de vivir sin norte, sin causa, en la soledad de un "yo" cultivado largo tiempo en el amor sólo a sí mismo, en el celo irracional de la propia libertad vagabunda y sin arraigo en nada ni en nadie. Pero así

Y sigue, en otro lugar:

«Qué importa la salud... Qué más da el sitio éste o aquél..., ser querido o despreciado, ser pobre o ser rico... Todo eso es nada (y dejan de ser "ídolos inertes") para el alma que de veras vive más de la ilusión del cielo, que de realidades terrenas. Qué bien se entienden aquellos versos de santa Teresa que dicen:

"Vivo sin vivir en mí / y tan alta vida espero, / que muero porque no muero"».

(Mi cuaderno, 9-12-1936, en: Obras completas, 772).

Final: las siete, en mi perfecto diccionario

Terminamos, queridos amigos, por donde habíamos empezado. Que las siete palabras de Jesús en la cruz se nos graben en el corazón al fuego del amor eterno del Espíritu. Que pasen a formar parte de nuestro diccionario, como decía el poeta.

Perdón, Gloria y Madre.

El grito de un *«¿por qué?»*, que inquiere a Dios la razón de una esperanza inmarcesible.

Y amor sacrificado, fidelidad obediente y serena confianza en la paz.

Siete palabras divinas que nos lleven, oh Cristo, contigo, al Infinito. Amén.

† Juan Antonio Martínez Camino